
INTRODUCCIÓN. ENTRE LA UNIVERSIDAD Y LA CALLE: REFLEXIONES EN TORNO A LA EMERGENCIA FEMINISTA

Laura A. Arnés
CONICET
Universidad de Buenos Aires
laura_arnes@hotmail.com

Recibido: 05/12/2019
Aceptado: 15/01/2020

A partir de 2015, con la progresiva fuerza que fue cobrando el movimiento feminista, se volvió evidente la estructura ideológica patriarcal y cis-heterosexista de la sociedad y de la cultura argentina. El pulso de esta época se encuentra marcado por la lucha por el derecho al aborto legal, por los debates en torno a la posibilidad de un lenguaje inclusivo y a una educación no sexista (manifiestos, sobre todo, en las disputas por la implementación efectiva de la ESI), pero también por la creciente ola de denuncias por violencia de género y acoso sexual que, en el ámbito universitario estatal bonaerense, tuvo respuesta en la construcción de redes y en la creación de protocolos contra la violencia de género. El correlato en las calles se vio en las masivas manifestaciones Ni una menos, en la creciente marea verde e incluso, en los escraches que se replicaron en escuelas y facultades. Podría decirse que, a partir de 2015, un flujo de activaciones múltiples en el que las mujeres, las lesbianas y lxs sujetxs trans tuvieron un lugar central, dio cuenta de nuevas sensibilidades con respecto a la libertad, a los derechos y a las relaciones entre los cuerpos.



Así, en estos años, los feminismos cobran visibilidad señalando hacia una serie de violencias naturalizadas que se reproducen a diario en los hogares y en el espacio público pero también en el espacio de las aulas; y se presentan como agentes centrales en las pugnas en torno a la legitimidad de saberes que se dirimen tanto en el interior de la institución universitaria como en la calle. En este sentido y como en otras épocas, lo universitario cobra importancia como un territorio de *intervención política* (Richard 2011: 159) central en la vida cultural.

Decía entonces que, en un contexto social fragilizado por políticas neoliberales, los feminismos se hacen presentes reactivando debates en torno a la justicia, el reconocimiento y la alteridad: voces, imágenes, textos e historias que se habían mantenido en las sombras aparecen, ahora, en el centro de la arena social disputando el espacio público, provocando reconfiguraciones en el campo político, afectivo y estético y denunciando los diversos modos en que el poder y la violencia se traman en el marco de las diversas instituciones de enseñanza. La escena feminista actual provoca, indudablemente, *fisuras culturales* (Richard 1998: 193) que articulan no solo la reflexión acerca del género y la sexualidad sino: “la re-flexión, es decir, una nueva flexión en el texto cultural [argentino] [...] [que] permite reconocer esos nudos de resistencia que señalaba Foucault dentro del espacio circunscrito de la institución; pasajeras heterotopías que se desvían del proyecto disciplinador” (Molloy 2000: 55).

Sabemos que toda revuelta ha requerido la creación de lenguajes y relatos, cambios en la oralidad y la escritura y transformaciones en los agenciamientos institucionales. La revuelta feminista, también. En este sentido, no sólo está produciendo momentos de subjetivación colectiva sino que, además, se manifiesta en tanto experiencia estética, intelectual y pedagógica: crea formas de decir, de nombrar, de pensar y de representar tanto para aquello que pide paso como para aquello que sucedió y, en el hacerlo, altera las gramáticas sociales y sus relatos. En esos recorridos, y en palabras de Rancière (1996), el reparto de lo sensible se ve modificado: quienes no contaban (en los dos sentidos de la palabra) por fin empiezan a hacerlo

¿Cómo sería una educación no (heteroci)sexista?

En primer lugar, habría que partir de una aclaración: la categoría de *género*, desde una perspectiva feminista, no sólo impulsa preguntas sino que opera como prisma y propone, asimismo, una serie de deslindes e interrogantes sobre cuestiones vinculadas al problema de los saberes y los cuerpos, la violencia, el lenguaje y la literatura. Pero además, como desarrollamos en otro artículo junto a Nora Domínguez y Paula Torricella, interviene en diferentes niveles “el de los conceptos y las prácticas que los contienen, el de las instituciones como espacios de intervención y referencia, y, por último, [en] un plano diacrónico que considere tanto la historia de los estudios de género como campo de saber y sus diversas localizaciones, como los complejos entramados entre nuestras instituciones y las historias regionales y nacionales.” (2013: 37). En esta línea, cualquier proyecto de educación (superior) no heterocissexista compromete deseos y pedagogías. Pero además, como también sosteníamos en el artículo recién citado, implica objetivos político-académicos que involucran planos imaginarios y acciones dispuestas tanto sobre los cambios a afrontar como sobre los sujetos a los que se quiere movilizar subjetiva, política e intelectualmente. Implica intentar deconstruir los sistemas de pensamiento binarios y reconocer que la clave no está en cristalizar saberes y certidumbres sino en mantener el dinamismo, lo imperfecto e incluso lo inacabado como

fundamento de la reflexión y la acción y, en este mismo sentido, proponer nuevas metáforas creativas y potenciadoras para imaginar otras realidades socio-sexuales menos regulatorias; también implica, sobre todo, renovar las metodologías de investigación, de enseñanza y de evaluación: dejar de lado el productivismo y la competencia como marcas del éxito, garantizar la presencia feminista en las listas para la elección de cargos de dirección y/o representación en cualquier instancia, revisar el contenido de las currículas, los cánones y tradiciones y los *corpus* de trabajo, repensar la oferta de materias y también incorporar lenguajes y valores no sexistas.

Como sostienen tantas teóricas feministas (Cristeva Cabello, Sara Ahmed, Eve Kosofsky Sedwick...), una educación no heterocisexista implica, sobre todo, revisar el daño que nos hizo o que nos hace la normatividad de género -es decir, la matriz heterosexual y sus narrativas- y entender cómo nuestros cuerpos han sido diseñados y nuestros caminos pre-trazados a partir de y en ella. Sabemos que las narrativas heterocisexistas toman diversas formas (costumbres, sentidos, formas de comunidad) y se constituyen en lo que, siguiendo a Teresa de Lauretis (1987), llamaré *tecnologías de género*. Una de esas tecnologías podría ser la misma literatura, pero también lo son el lenguaje y la universidad. Como sostuve (2015) en un artículo publicado en esta misma revista, la literatura (en sus propuestas estéticas y en sus tramas), la crítica literaria (sus modos de lectura y su consecuente construcción de una literatura) y la universidad (que afirma, a través de sus programas de carreras y de materias, los discursos de la crítica) son herramientas sociales a través de las cuales se fijan valores, diferencias y jerarquías. Herramientas específicas que definirán conductas o usos en relación con el lenguaje y que, asimismo, no sólo regulan los debates sobre las relaciones entre literatura, crítica y sociedad (muchas veces, directamente, ocultándolas) sino que determinan la posibilidad y los modos de circulación de los textos. Y es que los aparatos conceptuales con los que nos acostumbramos a pensar, como sabemos, no son inherentes sino que construyen a los fenómenos y a los objetos. Pero además, los aparatos conceptuales crean y recrean, necesariamente, (dentro de) los términos de una cultura que, a pesar de las revisiones y críticas, es todavía patriarcal. En este sentido, resulta importante comprender (y modificar) los diversos modos en que las instituciones educativas reproducen estereotipos y pautan modos generizados del saber y del querer, del leer, del aprender y del enseñar.

La carrera de Letras en foco

Una carrera es un mapa, un recorrido que puede tomar direcciones imprevistas; una carrera, como un mapa, dibuja la forma que toman los mecanismos del poder cuando se espacializan pero, también, puede operar como una máquina abstracta que expone las relaciones de fuerza que constituyen el poder y abre caminos de resistencia. La pregunta entonces es, qué queremos hacer nosotros con nuestra carrera, qué rutas queremos que trace.

La cuestión del género (sexual) fue puesta de relieve en el famoso texto de Virginia Woolf *Un cuarto propio* en 1929 y, finalmente, establecida como interés literario por la crítica feminista (principalmente la anglonorteamericana y francesa) hacia finales de los años setenta. Sin embargo, a pesar de sus más de treinta años de elaboraciones y reelaboraciones, de haber presentado trabajos imprescindibles para otras tradiciones críticas contemporáneas, de tener cátedras en universidades prestigiosas y de haber tenido representantes muy interesantes en nuestras aulas (como Nora Domínguez, Cristina Iglesia, Graciela Batticuore, Tania Diz, Ana Amado, Delfina Muschietti, Silvia

Delfino, Margara Averbach, Andrea Ostrov, Elsa Drucaroff, Armando Capalbo, Elsa Rodríguez, entre tantas otras) la crítica literaria feminista y/o *queer*, por lo menos hasta el momento, no gozó de mucho respeto dentro de nuestra universidad. Pero el contexto *urge y demanda*. Así, hoy, se vuelve imperativa una *re-visión* (según Adrienne Rich un acto de supervivencia que implica ver la diferencia de forma diferente) de nuestras prácticas académicas, que sostenga y reformule las tensiones entre teoría-política y reclame la lectura, en el campo de la representación y de la crítica, del conflicto que se relaciona con las construcciones de y sobre la diferencia entre los sexos y sobre las imaginaciones, como sugiere Gabriel Giorgi (2014), de lo común. En este sentido, la crítica feminista (que hoy suele encontrarse bajo el paraguas de los Estudios de género) se pretende herramienta fundamental para leer modos y representaciones de la cultura pero también artefacto vital para re-diseñar o reinterpretar los mapas y cronologías que las prácticas educativas dibujan. Porque como explica Domínguez, “Algunos de los dilemas epistemológicos y políticos [...] se exhiben de manera más clara y, al mismo tiempo, más problemática en las escenas docentes. Sobre todo porque la distancia de nuestra mirada se torna débil al estar inmersa, es decir, comprometida y formando parte de esos mismos entramados que pretendemos ordenar” (2002).

Los artículos en este *dossier*

Los textos de Florencia Angilletta y Jessica Baez dialogan, estrechamente, anclados en los cruces entre sanción de leyes y pedagogías. Su preocupación por los modos de incorporación de la ESI en la formación docente es evidente. ¿Qué impacto tendría esto en la enseñanza? se pregunta Angilletta, ¿sería acaso una herramienta para construir saberes más situados? Pero además, arriesga una reflexión en torno a ciertas modulaciones que se produjeron en la configuración del conocimiento a partir de la visibilidad y/o del reconocimiento que adquirieron, en los últimos tiempos, un mayor número de escritoras y críticas. Baez, en cambio, centrada en un análisis más minucioso de algunos programas de la carrera, indaga en la inclusión de la dimensión sexual y de género en la agenda de la política educativa y reflexiona en torno a los sesgos sexistas y heteronormativos de la construcción disciplinar universitaria.

En estrecha vinculación con estas especulaciones, Jimena Palacios presenta una perspectiva muy crítica relativa no solo a los escasos esfuerzos por incorporar la perspectiva de género en la orientación en Lenguas y Literaturas Clásicas sino que, además, mira con desconfianza aquellos contenidos que incorporan a ‘la mujer’ o ‘lo femenino’ de manera ‘interpretativa’ o en tanto eje temático ligado a cuestiones como la alteridad o la pasión amorosa.

Por último, Carolina Tosi propone una mirada reflexiva en relación al fenómeno del lenguaje inclusivo -a los modos en que, en sus propias palabras, *lo que antes incluía ahora excluye-* y a las prácticas de edición y corrección que se enseñan y aprenden en el ámbito universitario pero que, en última instancia responden, también, a demandas del mercado.

Resulta casi obvio sostener que la reflexión en torno a problemáticas de género propias de nuestras carreras podría abrir una cantidad de aristas impredecible. Lo que traemos, entonces, es, sencillamente un acercamiento, un abanico de preguntas fogueadas en contexto que son éstas pero podrían también ser otras.

LAURA A. ARNÉS es Doctora en Literatura por la Universidad de Buenos Aires, investigadora del Conicet y del Instituto de Investigaciones de Estudios de género (UBA). Escribió *Ficciones lesbianas. Literatura y afectos en la cultura argentina* (2016), coeditó *Proyecto Num. Recuperemos la imaginación para cambiar la historia* (2017) y *Bisexualidades feministas. Contra-relatos desde una disidencia situada* (2019). Esta codirigiendo, junto a Nora Domínguez y María José Punte, una *Historia feminista de la literatura argentina*. Dicta seminarios de grado y posgrado en la UBA (FFyL) y en la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Bibliografía

- ARNÉS, Laura A. 2015. “Ficciones del género: modos de leer, modos de enseñar, modos de escribir”. *Exlibris*. N° 4, pp. 215-9.
- ARNÉS, Laura, Nora DOMÍNGUEZ y Paula TORRICELLA. 2012. “Desplazamientos teóricos, trayectos institucionales”. *Actas del Congreso Internacional Indicadores Interseccionales y medidas de inclusión social en instituciones de educación superior*.
- DE LAURETIS, Teresa. 1987. *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Bloomington: Indiana University Press.
- DOMÍNGUEZ, Nora. 2000. “Diálogos del género o como no caerse del mapa”. *Estudios Feministas*. Vol. 8, N° 2, pp. 113-26.
- GIORGI, Gabriel. 2014. *Formas comunes*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MOLLOY, Sylvia. 2000. “La flexión del género en el texto cultural latinoamericano”. *Revista de Crítica Cultural*. N° 21, pp. 53-5.
- RANCIÈRE, Jacques. 1996. *El desacuerdo, política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- RICHARD, Nelly. 2011. “Posfacio”. En *Por un feminismo sin mujeres*. Santiago de Chile: Territorios sexuales ediciones.
- _____. 1998. *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre Chile de la transición*. Santiago de Chile: Cuarto propio.